



EIDES

Barcelona en la vida de Ignacio de Loyola (1524-1526)

Glòria Andrés

Laura Rius

Lluís Ylla

Glòria Andrés. Maestra de Educación Primaria jubilada. Vive en comunidad con otros laicos y laicas en un barrio popular de Barcelona. Con una licencia de Pedagogía y una diplomatura en Ciencias Religiosas forma parte del seminario EIDES de Cristianisme i Justícia.

Laura Rius. Licenciada en Filosofía, Pedagogía y Ciencias religiosas, posgrado de Acompañamiento Espiritual. Dedicada a la espiritualidad ignaciana y los Ejercicios espirituales. Acompaña procesos personales y de grupos. Miembro/Coordinadora de la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES).

Lluís Ylla. Agrónomo, posgrado en Dirección General y en Formación en ciudadanía activa y Doctor en Educación por la Universidad de Barcelona. Ha sido coordinador de cooperación en América Latina y director territorial de Oxfam Intermón, y miembro del equipo de dirección de la Fundació Jesuïtes Educació. Actualmente participa en el seminario EIDES. Ha impulsado formaciones sobre pedagogía, interioridad y espiritualidad ignaciana.

ESTA PUBLICACIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE.

Colabora con Cristianisme i Justícia: Bizum código 05291
cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
+34 93 317 23 38, info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net

Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 5610-2025

ISBN: 978-84-9730-562-4, ISSN: 2014-6531, ISSN (virtual): 2014-6558

Edición: Santi Torres. Corrección: Cristina Illamola

Maquetación: Pilar Rubio Tugas. Marzo, 2025

BARCELONA EN LA VIDA DE IGNACIO DE LOYOLA (1524-1526)

«SE INCLINABA MÁS A ESTUDIAR... Y SE DETERMINABA
IR A BARCELONA» (*Autobiografía*, 50)

Glòria Andrés, Laura Rius, Lluís Ylla

Presentación	4
<i>Josep M. Rambla Blanch, SJ</i>	
Los estudios de Ignacio en Barcelona	6
<i>Laura Rius</i>	
Una red de relaciones humanas	12
<i>Glòria Andrés</i>	
Vida espiritual de Ignacio	20
<i>Lluís Ylla</i>	
Epílogo	30
<i>Pau Vidal Sas, SJ</i>	
Notas	32

PRESENTACIÓN

La formación espiritual de Ignacio de Loyola tuvo un largo recorrido. Desde Loyola, Montserrat, Manresa, una breve estancia en Barcelona, Tierra Santa, nuevamente Barcelona, Alcalá de Henares, Salamanca, París, Venecia, hasta Roma. Cada uno de estos lugares y ciudades dejó una huella particular en el peregrino que continuamente buscaba a Dios y nunca se anticipaba al Espíritu, sino que lo seguía.

Ahora se cumplen quinientos años de la estancia del peregrino Íñigo en Barcelona, desde febrero de 1524 hasta marzo de 1526. Al no serle permitido permanecer en Jerusalén, donde había proyectado quedarse toda la vida dedicado a la devoción y a «ayudar a las ánimas», decidió regresar a Barcelona para estudiar y así prepararse mejor para la tarea apostólica que hacía tiempo se cocía en su corazón. Fue un giro decisivo. Hasta ese momento se había centrado en *hacer*, dedicarse a la devoción y a la ayuda espiritual de los otros en Tierra Santa. Ahora, sin embargo, pasa del *hacer* al *buscar*. ¿*Quid agendum?*, ¿qué hay que hacer?, se decía a sí mismo. Barcelona fue el primer paso de un nuevo itinerario.

La estancia en Barcelona durante dos años no solamente fue el comienzo cronológico o los primeros pasos de un

nuevo camino que le llevaba al ideal ya definitivo de dedicar la vida a ayudar a las almas, sino el inicio de una nueva manera o un nuevo sentido de hacer las cosas que comienza en Barcelona y que se desarrollará después en Alcalá, Salamanca, París e Italia. En efecto, en Barcelona, el peregrino empieza a servirse del estudio y de las mediaciones naturales, convertidas en apostolado; en Barcelona, se inicia el despliegue de las relaciones humanas y de las amistades, un rasgo característico de la vida y del apostolado ignaciano; también en Barcelona, empieza a tomar cuerpo la espiritualidad apostólica de Ignacio con una especial preocupación por la reforma de la Iglesia. Tres vectores: los estudios y las mediaciones naturales para el apostolado; las relaciones humanas y las amistades, como forma de apostolado; la espiritualidad y el apostolado, formando una unidad íntima.

Todo esto es el legado que nos deja Ignacio, el peregrino, durante los dos años de Barcelona, una estancia preparada por una más breve que duró solamente tres semanas. Por esta razón, parece que este legado es una llamada al agradecimiento a Dios por cómo modeló el carisma ignaciano en esta ciudad y una interpelación a nosotros,

llamados a vivirlo en una sociedad tan diferente quinientos años después. La obra que presentamos es una ayuda para asimilar el legado ignaciano: tomar mayor conciencia de lo que significó para el peregrino Íñigo su estancia en la ciudad condal y, así, prolongarlo en nuestras vidas.

Esta obra tiene tres partes bien definidas. En la primera parte, Laura Rius expone cómo era la vida de estudiante de Ignacio, ya que el motivo de su venida a Barcelona fueron los estudios. Esta parte explica el marco académico de Barcelona en aquella época (el *Estudi General* con toda su reglamentación), los libros que Ignacio pudo haber leído, el ambiente cultural por donde se movía (lulismo y erasmismo). Esto ayuda a entender la manera en que, durante dos años, se fue remodelando la vida espiritual del peregrino, cómo se fueron desarrollando sus relaciones humanas para *ayudar a las almas*, y que fueron el origen de hondas amistades, y también cómo, de su vida de estudiante, se beneficiaron la profundización y la formulación de la experiencia de los Ejercicios Espirituales.¹ Después de esta parte, más histórica, siguen dos trabajos en los que se analizan dos aspectos importantes de la personalidad de Ignacio, que se manifiestan claramente durante el tiempo en Barcelona. El trabajo de Glòria Andrés nos habla de la red de relaciones que tejió, donde aparece la facilidad del peregrino para las relaciones humanas y la amistad, cualidad muy destacada de

su persona. Otro trabajo, de Lluís Ylla, es una aproximación a la espiritualidad que el peregrino fue desarrollando en medio de los estudios y de las relaciones con personas benefactoras y amigas de Barcelona, siempre procurando *ayudar a las almas*. En definitiva, estas páginas son una atenta mirada a los estudios, a las relaciones humanas y las amistades, y a la espiritualidad de Ignacio, tres caras de una sola vida que quiere ser fiel a Dios «en todo». Esta publicación, pues, completa el excelente y muy útil cuaderno del jesuita Miquel Lop, *Recuerdos ignacianos en Barcelona*, que publicó EIDES en 2005, una presentación descriptiva y exhaustiva del paso de Ignacio por Barcelona.

La distancia de los años transcurridos no debería alejarnos del magisterio, tan significativo para nuestra vida de hoy, que nos dejó Ignacio a su paso por Barcelona. Y, si bien la enseñanza del peregrino tiene un alcance universal, nos interpela de manera particular a las personas que nos movemos por la ciudad sobre la que el mismo Ignacio escribió estas amables y entrañables palabras: «más cargo y deuda tengo a esa población de Barcelona que a ningún otro pueblo de esta vida». A acoger esta interpelación de Ignacio nos ayudarán las palabras del Epílogo de Pau Vidal SJ que concluyen estas páginas.

Josep M. Rambla Blanch, SJ

LOS ESTUDIOS DE IGNACIO EN BARCELONA

Laura Rius

Contexto cultural de Barcelona a principios del siglo xvi

Para comprender lo que Ignacio aprendió en Barcelona y para entender sus decisiones, hay que conocer no solamente su actuación en los estudios, sino también el contexto cultural de la ciudad.

A inicios del siglo xvi, Barcelona aún vivía las secuelas de la terrible peste negra (1348) y de la guerra civil catalana (1462-1472) de los siglos anteriores, y hasta la mitad de este siglo no comenzó la recuperación económica y demográfica. El tejido social estaba formado mayoritariamente por el campesinado y el artesanado, que sufrían una severa pobreza cuando escaseaba el trigo; una incipiente burguesía, una notable proporción de clérigos y una relativamente escasa proporción de nobles.

Esta desfavorable situación se confirma en el estado de los estudios superiores, ya que en esa época el *Estudi General* de Barcelona llevaba una precaria existencia. Estaba bajo el patronazgo del Consell de Cent, que garantizaba la independencia del poder monárquico, pero la escasez económica limitaba la calidad de las cátedras.

Entre su profesorado, estaban presentes dos corrientes de renovación espiritual: el pensamiento de Ramon Llull, que tenía como foco de expansión la escuela luliana de Barcelona, y el erasmismo, estrechamente ligado a la evolución del movimiento humanista, en el mismo *Estudi*. En estos años, junto con la *Devotio moderna* y su obra más representativa, la *Imitación de Cristo*, ambos movimientos se propagaron entre las clases cultas de la ciudad, una difusión facilitada por el hecho de que la Inquisición en Cataluña no pudo intervenir demasiado, ya que era vista como un instrumento al servicio de los monarcas castellanos. Quizás por este motivo, Barcelona fue la única ciudad donde la Inquisición no persiguió a Ignacio.

El panorama religioso era más bien decepcionante: existía un entrecruzamiento constante del orden cívico, las autoridades municipales y el orden eclesiástico; el estado del clero y de los monasterios femeninos era desconsolador; eran los años de los llamados «obispos no residentes de Barcelona», quienes poseían la titularidad de la diócesis, pero vivían en otros lugares; a nivel popular, las cofradías se centraban en facilitar la limosna, la confesión y

la comunión para ganar indulgencias; las familias más cultas, con una cierta desafección por este ambiente y deseosas de una profunda espiritualidad, se abrían a la *Devotio moderna* y se acercaban a los círculos renovadores del lulismo y el erasmismo.

El peregrino se pone a estudiar

Al no poder permanecer en Jerusalén, como había pretendido, Ignacio se determinó a ir a estudiar a Barcelona, ciudad en la que había encontrado amistades y comprensión durante las tres semanas que duró su estancia en 1523, camino de Jerusalén. La primera intención, sin embargo, había sido volver a Manresa para aprovechar espiritualmente con la ayuda de un fraile «de san Bernardo» [Au 54], Alfonso de Agurreta, del monasterio de Sant Pau, hombre sabio y santo. Al conocer que el monje cisterciense había muerto, regresó a Barcelona donde Isabel Roser y Agnès Pasqual le pusieron en contacto con el maestro de gramática Jeroni Ardèvol, un relevante humanista. Isabel Roser se comprometió a darle lo que necesitase; Agnès Pasqual, a acogerlo en su casa; el maestro, a darle gratis las lecciones de gramática latina, y un sacerdote conocido, Nicolay, beneficiado de la iglesia del Pi, se ofreció a repasar con Ignacio las lecciones de gramática.

En casa de Agnès Pascual, Ignacio tenía a su disposición la rica biblioteca del hermano de Agnès, el presbítero Antoni Pujol. Sin embargo, aprender gramática latina suponía entrar en unos hábitos cotidianos, mentales y físicos muy diferentes a los vividos hasta en-

tonces. Él era un hombre de acción que nunca se había encerrado entre libros, no había ido a clase ni memorizado declinaciones, aunque por la educación recibida de joven, en Loyola y en Arévalo, era aficionado a la lectura, a la pluma y a la música, y tenía buena caligrafía (cf. Au 5.6.11). Las dificultades se presentaron de inmediato porque, cuando se ponía a memorizar, le aparecían ilustraciones espirituales que no podía rechazar y que le impedían aprender las declinaciones (cf. Au 54). Su reacción, al darse cuenta del engaño interno, fue ir al encuentro de Ardèvol (cf. Au 55) en Santa Maria del Mar y prometerle que iría a escucharlo durante dos años, porque ya había tomado el estudio como medio de servicio al Señor.

El Estudi General

El lugar donde enseñaba Ardèvol, el *Estudi General* de la ciudad, próximo a la casa de Agnès Pasqual, había empezado su actividad en 1507 y, al año siguiente (1508), se estableció una ordenación de estudios que le otorgaba un marco legal de funcionamiento. Esta ordenación de estudios fue el embrión de la futura universidad y, muy probablemente, la ordenación vigente en los años de san Ignacio, ya que no hay constancia de ninguna otra.

En el *Estudi*, el curso de Artes tenía cuatro cátedras: Gramática, Lógica, Filosofía natural y Filosofía moral, y se completaba en cuatro años. Las clases empezaban el 18 de octubre, por san Lucas, y duraban hasta el mes de julio incluido. La enseñanza era gratuita para los estudiantes, a pesar de que

se les pedía una pequeña cantidad en concepto de reparación del mobiliario, alquiler y salario para los oficiales del *Estudi*. Además de los catedráticos, las ordenaciones del 1508 contemplaban la figura del preceptor especial si un estudiante pedía sus servicios, que el mismo educando tenía que pagar. En el período 1508-1559, la mayoría de profesores de los estudios de gramática eran laicos.

Así, Ignacio se inició en la gramática latina en el *Estudi* como discípulo particular del maestro repetidor Ardèvol, desde la primavera de 1524 hasta octubre de 1525. Formó parte de las clases de la cátedra de gramática de Ardèvol durante el curso 1525-1526, compartiendo las aulas con otros estudiantes. Años después, estos reconocieron que, cuando algunos alumnos se burlaban de Ignacio y le molestaban, él reaccionaba con paciencia, caridad y humildad.

Los textos y el plan de estudios

Las ordenaciones de 1508 indicaban también cuáles eran las materias de estudio. Las obras principales eran las *Introductiones latinae* del humanista Antonio de Nebrija, la *Eneida* de Virgilio y algunas otras que suponían la continuidad con el pensamiento de la Edad Media.

El horario de las clases era de lunes a viernes de las 6 a las 11 de la mañana y de la 1 a las 6 de la tarde. Los sábados, las clases de mañana eran de 6 a 10 y, por las tardes, cada profesor repetía sus clases de 1 a 5. También había clase los domingos y festivos, pero solamente por la mañana de 6 a 9.

Al finalizar el curso, en 1526, el maestro Ardèvol dijo a Ignacio que ya podía cursar Artes y que lo hiciese en Alcalá. Ignacio se hizo examinar por un doctor en teología que él mismo le había recomendado (cf. [Au 56]), y a mediados de julio se fue.

El influjo franciscano

La asistencia y la iluminación del Espíritu a Ignacio quedan patentes a lo largo de toda su vida. Pero esta riqueza de dones espirituales no significa que Ignacio viviese aislado, impermeable al entorno y a la gran variedad de personas que lo rodearon. Estas fueron fuente de inspiración y, al mismo tiempo, eco de la cultura de su época. Este influjo, lejos de empañar su originalidad, la realza, porque solamente una personalidad potente es capaz de integrar creativamente las influencias contemporáneas, ofreciendo como resultado un camino de plenitud humana. Una de estas influencias fue la de san Francisco de Asís. Las experiencias franciscanas le acompañaron desde su infancia en Azpeitia, siguieron en los años de servicio al duque de Nájera y estuvieron también presentes en la época de su conversión en Loyola. Al llegar a Barcelona tuvo como confesor a Diego de Alcántara, un fraile franciscano del monasterio de Jesús, situado a las afueras de las murallas de Barcelona. Sin duda, la relación con él mantuvo viva la llama del intenso deseo que tenía Ignacio de ir a Palestina y el amor profundo y tierno a la humanidad de Jesús y a la pobreza. Aspectos que se mantuvieron en los años posteriores a la progresiva concreción del carisma de la Compañía.

El lulismo

Como ya se ha dicho antes, en la atmósfera cultural y en la vida social de la Barcelona del siglo XVI, el lulismo tenía un peso relevante. La riqueza de los elementos del sistema de pensamiento de Ramon Llull (1232-1316), que él llamaba «Arte», se difundió entre los pensadores europeos hasta el siglo XVII ramificándose según se acentuasen sus aspectos racionalistas, críticos o místicos. Una irradiación que dio respuesta a la profunda sed de espiritualidad que sentían grandes sectores de la sociedad, especialmente los laicos. Así, con la creación de círculos lulianos, se extendió una corriente mística por todo el Mediterráneo con una característica bien específica: promovía una espiritualidad integral, activa, humana, social y práctica. Esta espiritualidad, impulsada por el amor, buscaba concretarse en hechos y de ahí el afán de reformar costumbres.

Uno de los centros de esta espiritualidad fue la escuela luliana de Barcelona, cuya actividad formativa empezó a mediados del siglo XIV y, a finales del XV, era la más importante de la península y el núcleo donde confluían el resto de los centros. La escuela continuó activa hasta finales del siglo XVI, y el lulismo estuvo bien presente entre los profesores del *Estudi General* de la ciudad. Una parte notable de los benefactores de Ignacio eran miembros relevantes de uno de los círculos lulianos reunidos entorno del insigne lulista, Joan Bonllaví. Fueron Agnès Pasqual e Isabel Roser quienes le introdujeron en este círculo de amistades.²

Este entorno de laicos en búsqueda espiritual sintonizaba con las inclina-

ciones de Ignacio, laico también. Muy probablemente gracias a la comunicación oral y a la lectura de obras facilitadas por ellos –ya que disponían de una excepcional biblioteca luliana–, Ignacio tuvo contacto con el pensamiento luliano, el cual le ayudó a formular algún aspecto de su experiencia espiritual. Son muchos los estudios llevados a cabo sobre el influjo del pensamiento de Llull en la redacción del libro de los *Ejercicios Espirituales*,³ mayoritariamente centrados en el método de oración de las tres potencias, en expresiones del Principio y Fundamento o de la Contemplación para alcanzar amor. A pesar de la diversidad de opiniones sobre la repercusión concreta de la influencia de Llull, es innegable que el contexto la facilitó.

La *Devotio Moderna* y los libros de espiritualidad

Los estudiosos, a pesar de la imposibilidad de llegar a afirmaciones concluyentes, sostienen que «es incontrovertible que Ignacio pudo leer, o conocer, en Barcelona algunos libros que en esta ciudad se publicaron y hablaban un lenguaje que le era familiar».⁴ Además de las bibliotecas de sus benefactores, también podía haber conocido las de Santa Maria del Mar y Santa Maria del Pi. Los catálogos muestran que eran muy raros los libros impresos en castellano en Barcelona. Uno de ellos, anónimo, pero de autor catalán y de la imprenta Amorós, llevaba por título *Brevísimo atajo e arte de amar a Dios, con otro arte de contemplar e algunas otras reglas breves para ordenar la piensa en el amor de Dios*.⁵ Es

un breviario de contemplación y es el único de este tipo impreso en castellano en Barcelona. Debió circular por la ciudad como una de las primeras obras de la tendencia renovadora, la *Devotio moderna*, que para los contemporáneos era sinónimo de modernidad. Tiene tres partes: un «brevísimo atajo para adquirir la perfección en la vida contemplativa»; un «arte de contemplar»; y unos sobrios ejercicios para ordenar el pensamiento en el servicio a Dios, que incluían unas reglas para ordenar «la piensa». El cristocentrismo es patente y está muy focalizado en la contemplación de la pasión de Cristo. La afinidad del enfoque, contenido y expresiones con los Ejercicios es importante. Es fácil imaginar que un libro de estas características le sería recomendado por sus amistades espirituales y, teniendo en cuenta además, que al llegar a Barcelona, Ignacio no dominaba ni el latín ni el catalán.

El erasmismo

La penetración del erasmismo en Barcelona en los años de la estancia de Ignacio en esta ciudad estuvo limitada a las familias acomodadas, con nombres conocidos como Miquel Mai y Frederic de Gualbes, y al círculo de profesores del *Estudi General*, Martin Ivarra y Arnau de Sant Joan. Entre los cenáculos lulistas y los erasmistas no había una separación neta. Mai era partidario de la reforma religiosa que promovían en Barcelona, junto con el duque Ferran de Cardona, el matrimonio Zúñiga-Requesens y el maestro racional⁶ Francesc Gralla, todos ellos mecenas de Ignacio. La biblioteca de Miquel Mai

contaba con más de dos mil volúmenes y la cantidad de obras de Erasmo, más de cincuenta, era la más numerosa de todas las bibliotecas de la ciudad. Tenía, entre muchos otros volúmenes, seis ediciones del *Enchiridion militis christiani*, la primera publicada en 1503 y dos ediciones de los *Colloquia*.

A diferencia del conocimiento de Ramon Llull, que Ignacio nunca mencionó, unos recuerdos del mismo Ignacio nos hablan de su lectura de Erasmo y del efecto negativo que produjo en él.⁷ Con todo, el influjo del *Enchiridion* parece evidente en el Principio y fundamento de los Ejercicios, así como en otros puntos del texto ignaciano.⁸ Los testimonios no coinciden sobre el momento de contacto de Ignacio con Erasmo. Cámara lo sitúa en Alcalá,⁹ pero Ribadeneira y Polanco afirman que lo leyó en Barcelona.¹⁰ La reciente publicación de la inmensa biblioteca de Miquel Mai, que contenía los libros de Erasmo cuyo influjo se percibe en Ignacio, confirmaría la opción de Barcelona, y este es un dato objetivo en consonancia con el motivo que Ignacio ofrece de su lectura: se lo aconsejaron hombres letrados y piadosos para aprender la lengua latina.

Conclusión

En Barcelona, Ignacio entró en una red de amistades donde estaban vivas las inquietudes de renovación espiritual. Como en toda relación, el influjo fue recíproco. Recordemos que al llegar a Jerusalén y después de haber estado solamente tres semanas en Barcelona, las únicas cartas que escribe son a «personas espirituales» de la ciudad

(cf. Au 46), muestra del fuerte impacto que le habían causado. Al volver a Barcelona, mediante la relación con las personas de los cenáculos lulianos y erasmianos, atraídas por la renovación espiritual de la *Devotio moderna* presente en la ciudad, Ignacio tuvo algún contacto con autores que le ayudaron a formular su experiencia espiritual. A la vez, Ignacio les ayudó a fortalecer la propia vida cristiana, la espiritualidad y la iniciativa asistencial.

Cuando en el mes de febrero de 1528 llegó a París, estuvo hasta el fin del curso 1528-1529 volviendo a estudiar Gramática con los más jóvenes, porque no debió de haber aprovechado demasiado como latinista. Pero, en Barcelona, además del progreso espiritual que allí experimentó, el influjo de la ciudad en su cultura religiosa fue considerable. Porque, si en Montserrat el encuentro de Ignacio con la *Devotio Moderna* había sido providencial para

la experiencia espiritual que plasmó en los Ejercicios, la estancia en Barcelona también lo fue, ya que, además de la *Devotio Moderna*, los círculos lulianos y erasmistas, promotores de una necesaria renovación espiritual, le ofrecieron elementos que se fueron integrando en su profunda mistagogía de los Ejercicios. Después, en París y en Venecia, Ignacio concretó y desarrolló lo que se empezó a gestar en Barcelona.

Es por este motivo por el que las conocidas palabras de Ignacio a Jaume Caçador —«Me parece, y no dudo, que más cargo y deuda tengo a esa población de Barcelona que a ningún otro pueblo de esta vida»¹¹ amplían su significado porque no se limitan a expresar el agradecimiento por el apoyo material recibido, sino que también reconocen las aportaciones intelectuales y espirituales que allí encontró y que le hicieron crecer.

Glòria Andrés

Introducción

Si Manresa fue para Ignacio su iglesia primitiva, Barcelona fue el lugar donde estableció una auténtica red de amistad tanto social como espiritual, en consonancia con su gran facilidad para las relaciones personales. En efecto, «de grande y noble ánimo y liberal», destacaba por «saber tratar los ánimos de los hombres, especialmente en acordar diferencias o discordias», según su secretario y confidente J. A. de Polanco.¹² Además, en Barcelona inició también una incipiente relación de comunidad que, si bien no tuvo largo recorrido, seguro que dejó huella en un Ignacio que buscaba concreciones en su vida.

Sin embargo, antes de acercarnos a las personas con quien se relacionó durante el largo período de dos años que pasó en Barcelona, hay que recordar que Íñigo ya había residido allí unos veinte días cuando preparaba su ida hacia Jerusalén (cf. Au 35).

Durante esta primera estancia y en búsqueda de personas espirituales, visitó varios monasterios (cf. Au 37), como el de Sant Jeroni en Collserola, las ermitas repartidas por la zona de Sant Genís dels Agudells, como la ermita de Sant Cebrià y Santa Justina en

Vall d'Hebron, y diversos monasterios de la ciudad, donde se dio cuenta de la poca fidelidad a la vocación monástica que allí se vivía, hecho que, posteriormente, le animó a impulsar su reforma.

El conocimiento del mundo de relaciones de Ignacio en Barcelona lo obtenemos sobre todo a través de las cartas que él mismo escribió a personas de la ciudad ya sea estando en París, Venecia o Roma, así como de las menciones a personas barcelonesas que se recogen en los procesos de beatificación y canonización.

Revisando las cartas que se conservan, nos damos cuenta de la relación tan particular que Ignacio tuvo con Barcelona. Si releemos esta correspondencia, llama la atención que, de las doce primeras cartas conservadas, ocho están destinadas a personas de Barcelona con algunas de las cuales mantuvo correspondencia a lo largo de su vida.¹³

Unos nombres destacados

Agnès Pasqual

La primera persona que destaca es Agnès Pasqual. Nacida en Manresa, conoció a Íñigo el 25 de marzo de 1522

bajando de Montserrat. Agnès, casada en segundas nupcias con Pere Pasqual, algodnero de Barcelona, tenía casa en Manresa, y en la Ciudad Condal, una más modesta con una tienda, en la esquina de la calle Cottoners, muy cerca de Santa Maria del Mar. Agnès, viuda desde 1521, su hermano Antoni Pujol, Joan(et) Sagristà Pasqual, su mujer y sus hijas fueron el núcleo familiar de Íñigo en la ciudad, ya que es en su casa donde se hospedó todo el tiempo que residió en Barcelona. Durante esta estancia en la ciudad, Íñigo no solamente estudiaba, sino que sentía la llamada a ayudar a las personas que pasaban necesidad. Para ello, pedía limosna tanto en Santa Maria del Mar como también, acompañado algunas veces por Agnès Pasqual, visitando casas acomodadas de la ciudad y, al mismo tiempo, lugares frecuentados por personas de mala vida.¹⁴ Las visitas a las casas bien situadas, además de servir para conseguir ayudas para los pobres con quien trataba, posibilitaron el establecer una amplia red de relaciones muy cordiales con personas que colaboraron con él tanto en su formación como en sus actividades. La primera carta que se conserva, escrita desde Barcelona, está dirigida a Agnès Pasqual. En ella captamos ya la manera que tenía de relacionarse con los amigos, siempre buscando su crecimiento espiritual sin olvidar los temas prácticos:

Esto me ha parecido escribiros por los deseos que en vos he conocido en el servicio del Señor; [...] Y así, por amor de nuestro Señor, que nos esforcemos en él, pues tanto le debemos; que muy más presto nos hartamos nosotros en recibir sus dones, que él en hacernos[los].

Continúa la carta hablando de un portugués, Calixto de Sa, que compartió con Íñigo aquel primer deseo de vida común que no llegó demasiado lejos.

Un peregrino, que se llama Calisto, está en ese lugar, con quien yo mucho querría comunicaseis nuestras cosas; que en verdad puede ser que en él halléis más de lo que en él se parece.¹⁵

Al poco tiempo de llegar a París le escribió otra carta muy familiar y con un tono muy afectuoso:

Considerando la mucha voluntad y amor, que en Dios N. S. siempre me habéis tenido, y en obras me lo habéis mostrado, he pensado escribiros esta, y por ella haceros saber de mi camino después que de vos me partí. Con próspero tiempo y con entera salud de mi persona, por gracia y bondad de Dios N. S., llegué en esta ciudad de París a dos días de febrero, donde estoy estudiando hasta que el Señor otra cosa de mí ordene.¹⁶

Finalmente, Agnès fue una de las personas que coordinó las ayudas que Ignacio recibió desde Barcelona para sus estudios en París.

Isabel Roser

Casada con Joan Roser (o Rosés), conoció a Íñigo en su breve estancia en Barcelona, camino de Jerusalén. En aquella ocasión, mientras Íñigo oía misa en la iglesia dels Sants Just i Pastor, su manera de estar en la celebración llamó la atención de Isabel que, al salir, instó a su marido a invitarlo a casa a comer para poder conocer a una persona que le había parecido especial

y departir con él. A partir de ahí se inició una relación que se mantuvo hasta la muerte de Isabel en 1554.

Se conocen trece cartas de Ignacio a Isabel Roser entre 1532 y 1550. Ya en la primera, del 10 de noviembre de 1532 durante sus estudios en París, se percibe la buena relación que tenían pues Íñigo comenta temas de salud, de coordinación de donaciones por parte de las diversas personas que se han ofrecido a ayudarlo en los estudios e, incluso, le ofrece consejo espiritual. En esta primera carta comenta:

Si yo no hago lo que Dios N. S. me obliga por todos mis bienhechores, que su divina y justa justicia no me perdonará; cuanto más con el cargo que de vuestra persona tengo [...] que os debo más que a cuantas personas en esta vida conozco.¹⁷

La segunda, del 19 de diciembre de 1538, también muy larga, constituye un testimonio esencial sobre el primer periodo de Ignacio en Roma:

Yo me di todo a dar y comunicar ejercicios espirituales a otros, así fuera de Roma como dentro [...]. Todos los otros predicaban en lengua italiana y yo solo en la española; y para todos los sermones había asaz concurso de gentes, y sin comparación más de lo que pensábamos que hubiera [...]. Sólo diré que hay cuatro o cinco que están determinados de ser en la Compañía nuestra, y ha muchos días y muchos meses que en la tal determinación perseveran. Nosotros no osamos admitir, porque este era un punto entre otros de los que nos ponían, es a saber, que recluíamos a otros, y que hacíamos congregación o religión sin autoridad apostólica.¹⁸

En un *post scriptum* envía la sentencia absoluta de un juicio para que se lo haga llegar a Jaume Caçador, futuro obispo de Barcelona:

Al archidiácono Caçador envío (porque está en latín) la misma declaración que acá se dio de nosotros, el cual os la comunicará.¹⁹

Después de que su marido hubiese fallecido, en 1541, Isabel Roser se siente llamada a compartir la misión de Ignacio y formar parte de la Compañía de Jesús. Para conseguirlo, va a Roma con dos compañeras, Francesca Cruyllas e Isabel de Josa. Ignacio se opuso, pero ella recurrió al papa Pablo III, el cual autorizó su petición y obligó a Ignacio a aceptarla, iniciando así una rama femenina de la Compañía. Finalmente, en la Navidad de 1545, mediante la profesión solemne, Isabel Roser, Francisca Cruyllas y Lucrezia de Brandine, una italiana que se había unido a ellas, entran a formar parte de la Compañía. En cambio, Isabel de Josa, por razones desconocidas, abandonó su propósito. La limitación en la movilidad apostólica que suponía tener bajo obediencia a unas religiosas y también unos malentendidos y suspicacias de Isabel a raíz de su ayuda económica a la Compañía dificultaron de manera extrema la viabilidad de esta rama femenina. En la primavera de 1546, el Papa liberó a la Compañía de tener «carga de mujeres con voto de obediencia». Ignacio mismo le notificó la decisión en una carta del 1 de octubre de 1546:

Es verdad que yo deseo a mayor gloria divina satisfacer a vuestros buenos deseos y teneros en obediencia, como

hasta ahora habéis estado en algún tiempo, [...] para ello no hallando en mi disposición ni fuerzas cuales deseo, por las mis asiduas indisposiciones, y ocupaciones en cosas, por las cuales tengo principal obligación a Dios N. S. y [...] viendo, conforme mi consciencia, que a esta mínima Compañía no conviene tener especial cargo de dueñas con votos de obediencia, [...] me ha parecido, a mayor gloria divina, retirarme y apartarme de este cuidado de teneros por hija spiritual en obediencia, mas no por buena y piadosa madre, como en muchos tiempos me habéis sido [...] os remito al prudentísimo juicio, ordinación y voluntad de la santidad de nuestro señor, para que vuestra ánima en todo sea quieta y consolada a mayor gloria divina.²⁰

Finalmente, Isabel Roser volvió a Barcelona y en 1549 entró en el monasterio de Santa María de Jerusalén donde vivió hasta su muerte. Su espíritu, sin embargo, parece que seguía profundamente unido al de Ignacio, como se puede ver al final de una larga y, seguramente, última carta:

Es esto de gran descanso mío darle cuenta de lo pasado y certificándole que muy a menudo mi espíritu habla con el suyo. Pluguiese a la divina bondad que así lo hiciese el suyo, que bien iría mi alma.²¹

Teresa Rajadell

Íñigo, durante su estancia en Barcelona, se implica a fondo en reformar algunos monasterios de religiosas dentro o cerca de la ciudad. Al visitarlos se da cuenta de que vivían de una manera

muy poco evangélica. La vida religiosa, y especialmente la del monasterio de Santa Clara, había sido ya motivo de reforma. El monasterio fundado en 1233 como monasterio de clarisas, se reformó en 1427 abrazando la regla de san Benito.

Como era habitual en los monasterios de religiosas, las hijas distinguidas de la nobleza catalana tenían sus propias sirvientas, que vivían con ellas e incluso se había llegado a celebrar la profesión solemne con un baile en el monasterio, hecho que permitía la entrada de personas seglares (hombres) con facilidad. En la época de Íñigo, dentro de ese monasterio había un pequeño grupo de unas once monjas que querían una reforma canónica espiritual. Teresa Rajadell era el alma de este grupo de mujeres, conjuntamente con la priora Jerònima Oluja.

En Ignacio, Teresa encuentra a un maestro e Ignacio en ella, a una persona a quien ayudar en su deseo de vivir en profundidad la vida consagrada. Se conservan cuatro cartas destinadas a Teresa Rajadell y dos más destinadas conjuntamente a la misma Teresa y a Jerònima Oluja. Las cartas dirigidas a Teresa son un verdadero ejemplo de cómo Íñigo ponía en práctica todo lo que había experimentado, descubierto y escrito en su libro de Ejercicios. Y, en el conjunto de las cartas, se va revelando una fina naturalidad y proximidad en el trato. Especialmente larga es la primera de dichas cartas, del 18 de junio de 1536. En ella encontramos un testimonio muy explícito de la manera de proceder del santo cuando detalla a Teresa un comentario y aplicación de las reglas de discernimiento con algunas notas sobre los escrúpulos:

Y cuánto a la primera parte, el curso general, que el enemigo tiene con los que quieren y comienzan servir a Dios N. S., es poner impedimentos y obstáculos, que es la primera arma con que procura herir, [...] Luego procura el enemigo con la segunda arma, es a saber, con la jactancia o gloria vana, dándole a entender, que en él hay mucha bondad o santidad, poniéndole en más alto lugar de lo que merece... Así procura que no hable de cosas buenas recibidas de su Señor, [...] así en hacernos humildes, procura de traernos en falsa humildad, es a saber, a una extrema y viciada humildad; de esto dan vuestras palabras apto testimonio [...] Esta [la consolación] nos muestra y abre el camino de lo que debemos seguir, y huir de lo contrario; esta no está siempre en nosotros, más camina siempre sus tiempos ciertos según la ordinación; y todo esto para nuestro provecho.²²

El centro de la correspondencia con Teresa Rajadell y Jerònima Oluja es la dificultad de la reforma. Ellas querían vivir bajo la protección de la Compañía como lo demuestra esta carta de la priora Jerònima Oluja a Ignacio, mandada desde Barcelona el 10 de enero de 1549:

Carísimo y amantísimo Padre en Cristo Señor nuestro: Ya pienso será informado V. P. de nuestras tribulaciones y necesidades por el Señor licenciado,²³ nuestro padre el cual ha querido nuestro Señor por su clemencia se sea aliado en Barcelona [...] no puedo dejar de ser importuna en tornar a suplicar en la manera dicha nos quiere aconsejar y encaminar cómo podremos alcanzar ser regidas, mandadas, y del todo sujetas a su obediencia y religión santa.²⁴

La petición de protección fue rechazada por Ignacio y comunicada a las dos en una carta del 5 de abril de 1549:

Por las cartas que tengo de allá, de diversas personas, veo cómo Dios N. S. las visita con trabajos, dando no poca ocasión de ejercitar las virtudes, que su divina bondad les ha comunicado, y de mostrar la firmeza dellas, pues en las cosas difíciles [...]. Plega a Jesucristo, que tanto por todos hizo y padeció, de dar copiosa gracia, para que se padezca fructuosamente... Aunque en nuestra Compañía, conforme a las muchas obligaciones que en el Señor nuestro tiene de especial amor, haya toda voluntad de consolar y servir conforme a nuestra profesión a vuestras mercedes, la autoridad del vicario de Cristo ha cerrado la puerta para tomar ningún gobierno o superintendencia de religiosas [...]. Así que este remedio no pienso agradaba a Dios N. S. en ninguna manera, y sin él espero en su bondad infinita que se hallará vía más conveniente para venir a lo que desean, y todos deseamos en el Señor nuestro, de su quietud y especial consolación.²⁵

Pero Ignacio no se dio por vencido y, a través del nuevo obispo de Barcelona, Jaume Caçador, animó desde Roma un tercer intento de reforma que tampoco llegó a buen puerto.

Jaume Caçador

Nacido en Vic en 1484, Jaume Caçador fue primero arcediano de la catedral de Barcelona y, más tarde, obispo de esta misma diócesis, entre 1546 y 1561. En una larga carta de Ignacio escrita desde Venecia el 12 de febrero de

1536 podemos ver, como siempre, esa manera de proceder tan característica suya, mezclando el cuidado de las almas (en especial las de las monjas del monasterio de Santa Clara) y las cosas prácticas.

Leída una de vuestra mano, echa a los 5 de Enero, no sólo me gocé con ella, más hube mucho dolor por ella, en sentir en ella cosas tan adversas [...] Cerca la cual se me ocurren cinco o seis cosas, a que deba responder [...]

Primera: Isabel Roser me ha escrito que para el abril que viene me hará la provisión para acabar mis estudios. [...]

Tercera: De la enfermedad de mosén Claret... sólo deseo que le ayudádesos disponer de su salud interior y de lo restante que Dios Nuestro Señor le ha dado en esta vida.

Cuarta: El deseo que mostráis de verme allá y en predicación pública, cierto el mismo tengo y habita en mí [...] acabado mi estudio, que será de esta cuaresma presente en un año, espero de no me detener [...] porque me parece, y no dudo, que más cargo y deuda tengo a esa población de Barcelona que a ningún otro pueblo de esta vida.

Quinta: Cierta hallo, y regla general es para mí, que cuando me junto con alguno, aunque mucho pecador, para comunicar las cosas de Dios N. S. yo soy el que gano, y hallo en mí provecho.

Sexta: Por lo que me escribís del monasterio de Santa Clara [...] Cierta, mucho quisiera hallarme entre esas religiosas, si en alguna manera pudie-

ra calar el cimiento de sus ejercicios y modo de proceder [...] Sólo nos resta llorar, y rogar a la salud mayor de su conciencia y de todas las otras. Su divina bondad lo quiera ordenar, y no permita que el enemigo de natura humana tanta victoria reciba contra aquéllas, que con la su preciosísima sangre las ha tan caramente comprado, y en todo rescatado.²⁶

Más tarde, el 9 de noviembre de 1546 Jaume Caçador, ya obispo, escribe a Ignacio haciéndole partícipe de cómo van las difíciles reformas del monasterio de Santa Clara, del fruto que dan los ejercicios y otras noticias.

Recibí su carta con mucha consolación, al conocer tanto de la salud, como de los ejercicios y el fruto que se produce y aún mayor se espera de la Compañía. Recibí hace poco carta de la señora Roser del pasado mes de mayo y de cómo había sido admitida en vuestra fraternidad [...] para la reforma de los monasterios de monjas de esta ciudad y de todo el Principado, pues tienen de ello necesidad, y más no se puede decir; [...] viendo como profanamente viven, y hacerlas tomar el camino correcto es más que hacer milagros. Que no se encuentran personas formadas; y ¿Quién las reformará? [...] Yo me encuentro débil para llevar esta gran carga: siendo débil me ayudaran vuestras oraciones, como yo no dejo de hacerles partícipes de las mías.²⁷

Estas letras tan íntimas, dirigidas en catalán a Ignacio, son una muestra de la gran naturalidad y confianza a que había llegado la relación y la amistad entre el obispo y el peregrino.

Era un joven que después de la muerte de Ignacio entrará en la Compañía de Jesús. Solo se conserva una carta de Ignacio dirigida a él desde Venecia el 24 de julio de 1537. Parece que tienen una buena relación porque en el encabezamiento dice:

Os escribí, que habrá dos años, no he habido letra vuestra, ni nuevas algunas hasta ahora, que habrá tres meses que Isabel Roser me hizo saber de vuestra salud, y doctrina tan buena y tan sana: asimismo diciéndome que me habíais escrito, y que deseabais mucho saber de mí.²⁸

En esta carta se encuentra la expresión «amigos en el Señor», la única vez que Ignacio la utilizó, pero que tanta fortuna hizo posteriormente:

De París llegaron aquí, mediado enero, nueve amigos míos en el Señor, todos maestros en artes y asaz versados en teología, los cuatro de ellos españoles, dos franceses, dos de Saboya y uno de Portugal.²⁹

Estos amigos españoles son Francisco Javier, Diego Láinez, Alfonso Salmerón y Nicolás Bobadilla; los franceses, Pascasi Broët y Joan Coduri; los saboyanos, Pedro Fabro y Claudio Jay y el portugués, Simón Rodrigues. Es una carta llena de familiaridad y cordialidad con Joan Verdolay, pero al mismo tiempo una revelación de amistad «en el Señor», un vínculo profundo entre Ignacio y sus compañeros de París, una amistad humana y espiritual a la vez.

La amplia red de las relaciones

Sin que tengamos cartas dirigidas personalmente, hay que mencionar otras personas con las que Íñigo estableció una buena relación. Entre sus visitas a los monasterios de la ciudad para orar y hablar espiritualmente, tal como se ha dicho, uno de los que visitaba con frecuencia fue el de Sant Maties, de las religiosas jerónimas, situado en la actual plaza del Pedró. Este monasterio está relacionado con el marido de Isabel Roser, Pere Ferrer, que, gestionando la herencia del padre de Isabel Roser, legó dinero a diversas monjas de la familia que pertenecían al monasterio. También en este monasterio encuentra a religiosas inquietas por la reforma, como Brígida Vicent, Esperança Grau y Antònia Estrada, «la cual conoció y trató muy familiarmente con el padre Ignacio» y recibió de él, de retorno de Tierra Santa, unas reliquias.³⁰

A través de la primera carta a Agnès Pasqual del 13 de junio de 1533, conocemos el nombre de otras personas presentes en la vida de Íñigo en Barcelona:

Por tanto, yo escribo a la Sepilla, la qual en gran manera se me ofreció por una carta, que me escribió, para favorecerme intensamente, y que la escribiesse de lo que tuviesse menester... Quando de allá partí, la de mosén Gralla se me ofreció mucha para favorecerme mucho en el estudio, y assi lo ha hecho sienpre. Assímismo se ofreció doña Isabel de Josa, y doña Aldonça de Cardona, y esta así me ha favorecido. A estas tres no las escribo, por no me mostrar inoportuno; mandármelas éis mucha encomendar;

que de la Gralla siempre pienso que, informándola, querrá comunicar en la limosna que en mí se hiziere. En ella y en todas las otras haréis como mejor os parecerá, que aquello terné por mejor hecho, y siempre quedaré contento, porque siempre las devo; y no puede ser adelante que sin deuda no quede.³¹

Algunas de las personas que salen, entre otras, son Bernat Sever Ferrer, su mujer Elionor Sapila,³² su hija Estefanía y su nieta, y la religiosa Estefanía de Rocabertí, que aglutinó a su alrededor un círculo espiritual de marcada huella ignaciana.³³ Y también Isabel de Requesens, que fue una de las personas que proveyeron a Ignacio de lo que necesitaba en su estancia en Barcelona,³⁴ Guiomar d'Hostalric, Aldonça de Cardona e Isabel de Josa.

Joan Pasqual, refiriéndose a las visitas que Ignacio convaleciente recibía en su casa, decía:

Lo visitan en casa lo mejor de Barcelona tanto de señoras como de caballeros y le regalaron mucho todos, especialmente las señoras arriba citadas, y la que más de todas doña Isabel de Josa.³⁵

Isabel de Josa, ya viuda, conoció a Íñigo en su segunda estancia en Barcelona. Tanto ella como Isabel Roser

captaron de una manera particular el espíritu de Ignacio de servir a los pobres, que acompañaba su anhelo de ayudar a las ánimas, y, como se ha dicho antes, en 1543 viajaron a Roma para estar cerca de la naciente Compañía de Jesús. Posteriormente, Isabel de Josa, mujer de una cultura filosófica y teológica notable, así como de una gran capacidad emprendedora, puso en marcha una vida apostólica independiente, diferente de la opción tomada por Isabel Roser.

El Ignacio auténtico

En Barcelona, además de los estudios que después de Alcalá y Salamanca le guiaron a París y Venecia, Ignacio empezó a tejer una red de relaciones personales y de amistad que se fueron ampliando a lo largo de toda su vida. Unas relaciones en las que los amigos se ayudan mutuamente tanto en las cosas espirituales como en las cosas prácticas y materiales, una amistad integral de los que caminan juntos, que ayuda a crecer, a madurar y que acompaña todo el camino de la vida, cada uno desde su propio estado y vocación a mayor gloria de Dios. En definitiva, como dijo Hugo Rahner, «si no tuviésemos en cuenta esta amistad, desfiguraríamos el retrato de nuestro santo».³⁶

Lluís Ylla

Introducción

La vida espiritual reside más allá de toda observación, forma parte del secreto, tenemos indicios de ella por la mirada,³⁷ por el comportamiento, por cómo se vive. Se percibe por los hechos, por la manera de vivir, más por lo que irradiamos que por lo que decimos o escribimos. El Ignacio herido en Pamplona, que en Loyola recompone toda su vida y se pone en camino, y el Ignacio que sube a Montserrat y baja a Manresa, que más tarde pasa por Barcelona para ir a Jerusalén —y que al no poder quedarse allí regresa a Barcelona para estudiar— se encuentra de lleno en una búsqueda espiritual; se sentía con «un ánimo generoso encendido de Dios» [Au 9], profundamente cautivado por aquello que ha descubierto.

El Ignacio que en 1523 llega por primera vez a Barcelona y el que regresa en 1524 para estudiar es un hombre especialmente devoto, centrado en el interior, en la experiencia que ha venido haciendo desde la conversión en Loyola y que ha estado modelada e iluminada en Manresa. Ya había empezado a elaborar su propia comprensión del cristianismo, del Evangelio, vivido en la Iglesia. Tenemos de ello

algunas referencias de cuando estaba en Manresa y de su estancia en Barcelona, donde daba ejercicios y exponía su pensamiento. Poco después de acabar sus estudios en esta ciudad, en su *Autobiografía* explica que en Alcalá «se ejercitaba en dar ejercicios espirituales y en declarar la doctrina cristiana» [Au 57]. Lo que proponía y transmitía ya en Barcelona era fruto de una larga maduración y destilación de la experiencia donde encontraríamos huellas de las prácticas devotas de la infancia y juventud en Loyola y Arévalo, de las grandes vivencias interiores de Pamplona, Loyola, Montserrat, Manresa, Jerusalén; de numerosos encuentros y conversaciones espirituales (cf. Au 37,54), y de lecturas que le habían complacido.³⁸

El joven adulto Íñigo, que vuelve a Barcelona a mediados de marzo de 1524, es un hombre que ya ha vivido la mitad de su vida.³⁹ No obstante, vuelve habiendo vivido un nuevo ocaso de sus ambiciones: no se puede quedar en Tierra Santa. Y, como diríamos hoy, «tiene que reinventarse» sin grandes referencias externas que le sirviesen. Pero tiene la voluntad clara de «estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas» [Au 50].

Ignacio en búsqueda

Esta vez Barcelona no va a ser el lugar de paso para ir a Jerusalén (cf. Au 8), sino un lugar para quedarse durante un tiempo largo, que en marzo de 1524 está aún por definir. Vuelve a un lugar conocido con el objetivo de estudiar. Su búsqueda, tan abierta cuando llegó un año antes, tiene ahora una orientación más concreta. Su propósito de «ayudar a las ánimas» le pide formarse, y formarse suponía unos estudios concretos, empezando por la gramática.

Pero, ¿formarse para qué? Con este propósito de ayudar a las ánimas, ¿no se plantea, como tantas otras personas con propósitos semejantes, hacerse religioso o sacerdote? Dice en su *Autobiografía*, de cuando estaba en Salamanca:

Cuando el peregrino en Barcelona consultaba si estudiaría, y cuánto, toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión o andaría así por el mundo [Au 71].

Conocía algunas de las órdenes y de las congregaciones religiosas, y también la iglesia diocesana de su época: posiblemente había entrado en contacto con ellas en la corte de Castilla, en su Loyola natal, en Montserrat y en Manresa. Ignacio conocía a los benedictinos, los cistercienses, los franciscanos, los dominicos, los jerónimos... Se había planteado entrar en alguna de ellas (cf. Au 12): «Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla». También habría podido seguir la carrera eclesiástica.⁴⁰ Pero no tenemos noticias de que

mientras reside en Barcelona se plantease entrar en ninguna congregación ni busque incorporarse en diócesis alguna. Su preocupación se centra más en la vida interior que ha descubierto que en los conocimientos o estructuras religiosas y sociales. Cuando interviene para corregir el mal ejemplo que ve en algunas religiosas, parece hacerlo más para que vivan la vocación religiosa con fidelidad y para «más padecer en ella» [Au 71] que no por una cuestión de reforma organizativa.

Más tarde, ya como Superior General de la Compañía de Jesús en Roma, en una organización que no para de crecer dentro de una Iglesia universal con todos los aspectos complejos y contradictorios de las instituciones, su interés por estos aspectos tendrá otra relevancia en su vida. Pero el Íñigo de Barcelona es una persona que quiere cambiar de vida, que está cambiando de vida y que busca la mayor disponibilidad a la acción de Dios, evitando desviarse de lo que considera que debe hacer. No obstante, no «va por libre». Se sitúa humildemente en la tradición cristiana y es asiduo a la oración, asiste a misa con frecuencia, se confiesa, se pone bajo la obediencia de su confesor.

Es ayudado y ayuda

En Barcelona, cuando vuelve de Tierra Santa, es acogido nuevamente en casa de Agnès Pasqual, donde le alojan en la pequeña habitación del hijo. Tenía una mesita para estudiar y dormía en el suelo, o sobre unas tablas de madera sin colchón ni sábanas.⁴¹

Ignacio recibe ayuda de muchas personas –hombres y sobre todo mu-

jeros— que le ofrecían patrocinio para sus estudios y su vida material, con limosnas en especies y en metálico, y que él aceptaba «todo lo que su humildad permitía».⁴² El maestro Ardèvol le enseñó gratis (cf. Au 54). En 1525 es también ayudado y recibe el cuidado de unos molineros y de la gente de la casa Pasqual cuando un esclavo lo maltrata gravemente y tiene que estar 53 días convaleciente sin poder moverse, como explicaremos más adelante.

Ignacio recibía y daba, no acumulaba. Sabemos por los relatos del Proceso de beatificación que lo que ahorra por sus ayunos y abstinencias, y lo que recibía de pan y alimentos delicados, lo distribuía entre los pobres, y que delante de la casa de los Pasqual se hacían auténticas colas de personas que iban para recibir la limosna de Ignacio.⁴³

Aprender, dedicarse a las cosas espirituales y hacer el bien a las ánimas

Cuando Ignacio dice que, volviendo de Tierra Santa, su deseo era ir a Manresa para encontrarse con un monje cisterciense, «hombre muy espiritual», con la intención «de aprender para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aún aprovechar a las ánimas» [Au 54], nos deja ver cómo sería su vida en Barcelona: aprender, dedicarse a las cosas espirituales y hacer apostolado.

Aprender: los estudios, la experiencia espiritual

En 1524 Ignacio decide volver a Barcelona para estudiar. Había entendido que su deseo de «ayudar a las ánimas»

le exigía formarse y que «era necesario tener un caudal de letras» junto con «la unción y favor de espíritu que nuestro Señor le comunicaba».⁴⁴ Esta necesidad la confirmó pronto cuando más adelante, en Alcalá y Salamanca, se da cuenta de que sin una formación filosófica y teológica reconocida, las autoridades de la Iglesia le pondrían dificultades para dirigirse a las personas con sus exhortaciones. «Vosotros no sois letrados», ha de escuchar de un fraile en Salamanca [Au 65], y poco después fue llevado a prisión por la sospecha sobre sus enseñanzas. A pesar de no ser condenado a nada, sentía que «le cerraban la boca» [Au 70] por falta de estudios.

Pero su propósito no es el estudio en sí mismo, seguir carrera académica, sino que quiere estudiar para lo que él ha ido viendo que era su misión, «ayudar a las ánimas». Su estudio quería ser espiritual. Posiblemente por esa razón, antes de decidirse a empezar los estudios en Barcelona, había buscado a un fraile que había conocido en Manresa, «un hombre muy espiritual» [Au 54].

En Barcelona se puso a estudiar con firmeza. Su formación en Loyola y la corte de Castilla debía ser muy básica y necesitaba más. Pero no debió ser una decisión fácil ponerse a estudiar siendo ya mayor y en medio de jóvenes que debían mirarlo con curiosidad y que algunas veces se reían de él.⁴⁵ Se puso a estudiar «con harta diligencia» [Au 54], eso quiere decir a aprender declinaciones y conjugaciones de memoria. Pero, poco a poco, sintió que su deseo de estudiar quedaba frenado por sentimientos y reflexiones espirituales que, para un espíritu reflexivo e imaginativo como el suyo, le surgían a partir de los ejercicios gramaticales. Ignacio lo explica así:

Más empedíale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a aprender de memoria [decorar] como es necesario en los principios de la gramática, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y de nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía aprender de memoria, ni por mucho que repugnase las podía echar [Au 54].

Para Ignacio fue una lucha interior ante la cual hizo discernimiento y se dio cuenta de que estas inteligencias y estos gustos eran más holgazanear piadosamente que no estudiar,⁴⁶ una tentación que debía superar. Habiéndose comprometido, aseguró al maestro Ardévól poner toda la voluntad para sacar provecho del estudio, y así fue hasta que completó la formación que se le había propuesto. Para Ignacio, el estudio no era solamente una actividad intelectual. Era una actividad de la persona, y todo lo que hace la persona puede ser una actividad para la mayor gloria y alabanza de Dios.

Esto que empieza a experimentar en Barcelona se irá convirtiendo en una doctrina o sabiduría espiritual que Ignacio compartió más adelante en cartas e instrucciones. En una carta del año 1547, Ignacio escribe a los estudiantes de Coímbra con la intención de orientarles el ardor impulsivo de juventud. Les dice:

El 4º modo de ayudar á los próximos, y que mucho se estiende, consiste en los santos deseos y oraciones. Y aunque el studio no os dé tiempo para usarlas muy largas, puede en deseos recompensarse el tiempo á quien haze oración continua de todos sus exércitos, tomándolos por solo servicio de Dios.⁴⁷

El estudio que solamente quiere ser servicio a Dios es oración. De hecho, el fiel secretario de Ignacio en Roma, Polanco, cuando redacta las Constituciones que se han de observar en los colegios de la Compañía de Jesús (1549-1550) escribe, por comisión del mismo Ignacio, sobre la formación de los estudiantes jesuitas:

Todo su estudio y obras tengan por oración, enderezándolas y ofreciéndolas al solo servicio de Dios N.S.⁴⁸

En 1552, siendo Ignacio Superior General en Roma, escribía sobre «las cosas temporales» al jesuita Manuel Godinho, abrumado por el cargo de procurador del colegio de Coímbra, diciéndole:

Del cargo de las cosas temporales, aunque en alguna manera parezca y sea distractiuo, no dubdo que nuestra santa intención y direction de todo lo que tratáis á la gloria divina lo haga espiritual y muy grato á su infinita bondad».⁴⁹

También, tratándose del estudio dice en las Constituciones:

Todos tengan esto juicio lleno, que la meior obra que pueden hazer en los collegios y más grata a Dios nuestro Signor, es el bien studiar; y que como en la oración y contemplación a sus tiempos Dios se sirve por la caridad donde proceden, assy se sirve mucho del studiar en qualquiera facultad, quando puramente por amor suyo studia.⁵⁰

Al cabo de unos años, Ribadeneira, gran conocedor de Ignacio, en un texto donde recoge datos sobre él, escribe:

No quería que los de la Compañía hallasen a Dios solamente en la oración, sino en todas sus acciones, y que ellas fuesen oración y este modo *probat magis quam prolixes meditationes*.⁵¹

Por tanto, esta forma de plantearse los estudios ya se entrevé en sus años de formación en Barcelona, donde Ignacio sacó provecho espiritual de las clases de estudiante de latín, en medio de sus tiempos de oración, de práctica religiosa y su incipiente apostolado.

Después del invierno de 1525-26, parece que expresó a amigos y al maestro Ardèvol su propósito de cursar estudios superiores para poder ser ordenado presbítero. Seguramente le animaron, pero para ello debía ir a la universidad.⁵² Así lo explica Ignacio:

Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír Artes, y que se fuese a Alcalá [Au 56].

Pero quiere asegurarse de que tiene la base suficiente y se hace examinar por otra persona:

Más todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros según creo. [Au 56].

Dedicarse a las cosas espirituales

Vida sacramental y ascesis

La manera de vivir de Ignacio en Barcelona es la de quien vive desde el Es-

píritu todas las cosas y lo vive orientado por la fe en Jesucristo. Asistía a misa cada día con mucha devoción,⁵³ comulgaba con frecuencia, se confesaba, iba a las iglesias a escuchar sermones. Pasaba ratos en oración: había ido a orar a la ermita de Sant Cebrià, hacia Sant Genís dels Agudells, en Horta; a la cripta de Santa Eulalia de la catedral bajo el altar mayor; al monasterio de Santa Clara. Por las noches, explica el hijo de los Pasqual, pasaba mucho rato rezando arrodillado.

Ignacio lucha consigo mismo. Es consciente de la vida que ha vivido y se arrepiente. Venía de una vida acomodada propia de la nobleza, una vida con suficiencia y bienestar, desde la cual es fácil mirar a las personas desde arriba. El recuerdo de su mal comportamiento juvenil le produce dolor. Joan Pasqual, hijo de Agnès Pasqual, en cuya habitación Ignacio había dormido, explica como de noche escuchaba la oración y el llanto de Ignacio por haber sido «tan malo y perverso».⁵⁴

A pesar de que la herida de Pamplona le había hecho bajar bien abajo, de la primera estancia en la ciudad condal sabemos que luchaba con los sentimientos de superioridad «que tanto le afligían» [Au 36].⁵⁵ ¿Seguía luchando con ellos cuando volvió a Barcelona para estudiar? Las penitencias que hacía nos muestran que se esforzaba en ser humilde, desprendido, generoso (cf. Au 55).

Ignacio lucha internamente y quiere vivir el perdón de Dios: se confiesa con frecuencia, inicialmente con un fraile franciscano, fra Diego de Alcántara, confesor también de la madre de Joan Pasqual, y más tarde con mosén Pujalt. Sus penitencias y ascesis, las

inteligencias y los gustos de las cosas espirituales que entenderá como tentaciones (cf. Au 54-55) nos hablan de sus luchas internas.

Por otro lado, practica la ascesis cristiana que ha conocido: ayuno, mortificación, uso del cilicio... acciones que no nos resultan fáciles de entender a nosotros, ciudadanos del siglo XXI. Ignacio vivía sobriamente. Comía poco, de lo que había obtenido mendigando de puerta en puerta, y no en la mesa, sino arriba en la habitación para disimular los ayunos y las abstinencias que practicaba.⁵⁶ Ayunaba gran parte de los días, excepto el domingo. Como penitencia, se agujeró las suelas de los zapatos y esos agujeros se le iban ensanchando hasta que, al llegar el invierno, solo quedaba la parte de arriba [Au 55]; utilizó cilicios. Lo hacía a veces con tanto rigor que su confesor le obligó a dejarlo y a sentarse a la mesa y comer con la familia Pasqual que lo hospedaba. Pese a su comportamiento como un pobre entre otros pobres, no podía disimular su origen aristocrático y su formación noble.⁵⁷

En Barcelona, Ignacio vive devotamente, es decir, procura que todo su día, todo lo que vive, su comportamiento, lo que hace, esté inmerso en la intención de buscar la voluntad de Dios. También podríamos decir que vive en recogimiento. Cuando al cabo de unos años los jesuitas ya tienen una orientación apostólica muy marcada, seguirán priorizando las prácticas apostólicas –por ejemplo, sermones y predicaciones, más que instrucciones o conferencias– que muevan las personas hacia la devoción, hacia la práctica y el sentimiento religioso.⁵⁸ Esta actitud la encontramos en ese Ignacio

que mendiga y reza por la calle, que soporta pacientemente y con gran caridad y humildad las burlas de los estudiantes, que no expresa queja ni ira ni disgusto después de ser maltratado y golpeado al volver del monasterio de Santa Maria dels Àngels. Con el mismo recogimiento debía vivir la ascesis en su día a día, ya fuese en la comida, en el vestir o en el descansar. También, por supuesto, en tantas horas que pasaba en las iglesias rezando, asistiendo a misa o confesándose, y en el consuelo interior que encontraba en todo ello.

Conversación espiritual

Cuando llegó a Barcelona por primera vez, Ignacio buscaba conversar con personas sobre lo que había descubierto en su interioridad y que en aquel momento daba sentido a su vida. Pero no encontró lo que buscaba y perdió este deseo de hablar con personas espirituales al dejar Barcelona (cf. Au 37). Pero también la gente buscaba a Ignacio para hablar. Esto ya había pasado aquellas semanas de 1523, y se volvió a repetir con creces durante la segunda estancia: la gente que lo había ido conociendo lo visitaba en casa de los Pasqual para hablar con él.

De hecho, las extensas relaciones personales de Barcelona serían el lugar ideal para practicar la conversación espiritual de la cual Ignacio, desde Manresa, ya tenía un cierto método. Veamos como lo explica él mismo:

Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que, cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente; mas estaba escuchando lo que se decía, y

cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía [Au 42].

Y hablaba «cuando de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuando de otros, y reprehendiendo» [Au 65].

En esta segunda estancia, y alojado en casa de los Pasqual, sabemos que Ignacio tenía buenas conversaciones con el hijo, a quien le explicaba «cosas de Nuestro Señor» y le aconsejaba que recibiese los sacramentos con frecuencia y que amase la Ley de Dios y la voluntad de su madre.⁵⁹ Ignacio, que además sentía el deseo de ayudar a las ánimas cf. [Au 26. 50], quería ayudar con el ejemplo y con la conversación y los ejercicios espirituales,⁶⁰ y estableció relaciones humanas de mucha calidad y profundidad como hemos visto en el capítulo «Una red de relaciones humanas», relaciones que se convierten en espirituales en el sentido integral, tal como hemos expresado anteriormente. Y como él mismo confiesa:

Y estos deseos de comunicar al prójimo lo que a él Dios le daba, siempre los tuvo, hallando por experiencia que no solo no se disminuía en él lo que comunicaba a otros, pero aún mucho creía.⁶¹

Discernimiento

Desde la convalecencia en Loyola, Ignacio aprendió a conocerse, a discernir, y siguió aprendiendo. La misma decisión de ir a Barcelona a estudiar después de que se le prohibiese quedarse en Tierra Santa es fruto de su discernimiento. No pudiendo permanecer

en Jerusalén y llegando a Venecia a mediados de enero de 1524, Ignacio se sume en una gran incertidumbre. Entonces discierne para saber que tiene que hacer. Leemos en la autobiografía:

Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando que haría [muy gráficamente *quid agendum*], y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona [Au 50].

Con esta decisión tomada, fue de Venecia a Génova, donde embarcó en una nave con rumbo a Barcelona (cf. [Au 53]). Ya en esta ciudad, su voluntad de estudiar se vio contradicha por las «nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos» [Au 54] mientras estudia las declinaciones y conjugaciones. En su interior acontecía una lucha que le turbaba y de la cual no podía salir. Se puso a «examinar y pensar y preguntarse en su interior: Dios mío, ¿qué es esto?», nos explicará Ribadeneira.⁶² «Y así, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo: “Ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la misma no me vienen estas inteligencias tan vivas”; y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación» [Au 55].

El discernimiento le lleva, pues, a darse cuenta de que aquello no era bueno, que era una sutil y engañosa tentación. Y para superarlo pasa a la acción:

Y después de hecha oración se fue a Santa María de la Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco.

Y así sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro diciendo ‘Yo os prometo de nunca faltar de oiros estos dos años, en cuanto en Barcelona me hallare pan y agua con que me pueda mantener’. Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca más tuvo aquellas tentaciones. [Au 55].

También su iniciativa de reforma de algunos monasterios de monjas fue fruto de un discernimiento

Se determinó, después de mucha oración y lágrimas que derramó, a nuestro Señor sobre este asunto pidiéndole ánimo para decirles la verdad, y para ellas luz de gracia para conocerla; y con esta determinación decidió ir diariamente a dicho monasterio a predicarles y darles algunas pláticas espirituales, sin dejar de hacerlo lloviese, hiciese sol o cualquier otra circunstancia.⁶³

«Hacer bien a las ánimas»

Apostolado

Ignacio desde el comienzo de su conversión, cuando se planteaba la vida religiosa, sentía el deseo de ayudar a reformar el orden religioso donde pudiese entrar. Era consciente de la necesidad de reforma de algunos órdenes y el mal ejemplo que algunos religiosos y religiosas daban. Durante todo el siglo xv en algunos monasterios de Barcelona existía una laxitud de costumbres, había disputas por privilegios y confrontaciones entre monjas, unas

deseosas de reformas y otras que se inclinaban por mantener las situaciones de comodidad que les proporcionaba un monasterio convertido en una residencia privilegiada. En el período de 1524 a 1526, Ignacio mantuvo una relación importante con tres de los ocho monasterios que existían en Barcelona.⁶⁴ Se dirigió muchas veces al monasterio de las Jerónimas de Sant Maties (hermanas de la Penitencia de Santo Domingo) o al monasterio de Santa Clara (benedictinas), y también al Monestir dels Àngels, en el que habían perdido la observancia religiosa, y allí reza y comulga para dar ejemplo. Atrae la atención de algunas monjas con su comportamiento devoto, predica, habla con ellas y ellas captan su virtud, y las anima a la oración y a llevar una vida más ejemplar de acuerdo con su vocación.

Pero no todas estaban de acuerdo con la reforma y la renovación de las costumbres. Esto conllevó que, debido a su influencia reformadora, algunos hombres que frecuentaban el Monestir dels Àngels decidiesen darle una lección e incluso matarlo, lo cual pusieron en práctica valiéndose de un esclavo. Un día, mientras volvía rezando hacia casa de los Pasqual, el esclavo le salió al encuentro y lo maltrató y golpeó hasta darlo por muerto en el suelo.⁶⁵

Ignacio lleva a cabo de muchas maneras su vocación de servicio a los otros. Lo vemos rezando por un hombre que se ha colgado, que está como muerto, pero que se reaviva y puede confesarse antes de morir.⁶⁶ También lo vemos dando catequesis a los niños que juegan en la calle, impartiendo dirección espiritual a personas que lo visitaban, ayudando a la reconciliación

de personas desavenidas u ofreciendo apoyo a mujeres maltratadas.⁶⁷ Tuvo nuevas experiencias en dar ejercicios a jóvenes y a mujeres.⁶⁸ Su estilo de vida y el deseo profundo de ayudar a las ánimas despertó admiración entre las personas de su entorno. Quizás a causa de este testimonio y a su voluntad de contribuir a la vida ejemplar de las religiosas y, al mismo tiempo, de hacer el bien a pobres y enfermos, se le acercaron personas que buscaban acompañarlo e imitarlo;⁶⁹ y es entonces cuando Ignacio intenta juntar personas que le ayuden a lograr su propósito de reformar órdenes religiosas. De entre ellos salieron sus primeros compañeros, Calixto de Sa, Joan d'Arteaga, Lope de Cáceres y Juan de Reinalde –de mote Juanico–, quienes estarían con él un tiempo. Posiblemente, él los inició en la práctica de dar ejercicios.⁷⁰

Confianza

La determinación profunda que experimenta, amasada con toda la experiencia interior, desde su conversión, que vivía muchas consolaciones, hacen de Ignacio una persona íntegra y de una gran confianza. Y así llega a Barcelona en 1523, confiando: «Y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. Y esto que decía desta manera, lo sentía así en su corazón» [Au 35]. Con esta misma actitud llegó en 1524, después de un trayecto de Venecia a Génova lleno de adversidades, amenazas y desposesiones [Au 50-53]. En Barcelona, su confianza es correspondida por la generosidad de Agnès Pasqual, que le hospedó; de Isabel Roser, que le ayuda en sus gastos; de Jeroni Ardèvol, que se convierte en

su maestro; de las personas de quien recibe limosna, muchas veces sentado en los escalones de una capilla de Santa María del Mar u otros lugares de la ciudad; de las mujeres que le hacían llegar «algunas fanegas de harina».⁷¹

En julio de 1526, Ignacio dejó Barcelona confiando ante un camino incierto. También marcha confiando y sin miedo ante un camino nuevamente incierto, cuando un año y medio más tarde, después de su paso por Alcalá y Salamanca, sale de Barcelona con una determinación clara: ir a París a estudiar. De esta última partida dirá:

Se partió solo [de Salamanca], llevando algunos libros en un asnillo. Y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le desuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor. Y así se partió para París solo y a pie. [Au 72 y 73]

Conclusión

En Ignacio hay mucha fuerza de voluntad, quiere seguir a Jesús. La voluntad también se ha convertido en «seducción», que lo aparta del camino que seguía para emprender uno nuevo. El Ignacio que llega a Barcelona en 1524 es también alguien desposeído, en quien el *hacer*, la fuerza de voluntad, la determinación –que es muy fuerte–, se contrarresta con el *dejarse hacer* por Dios. Ignacio no es alguien que vive con unos elevados objetivos personales y, además, tiene algunas

prácticas espirituales. De la lectura de su *Autobiografía* y de su *Diario*, de lo que otros han escrito o dicho de él, podemos imaginar que era alguien que vivía en el Espíritu, muy abierto a dejarse guiar por él en todo. Se había puesto en camino, cuyas etapas desconocía, pero con una gran disponibilidad interior.

Todo ello ya había encontrado forma en las primeras notas de sus Ejercicios y constituía la espiritualidad que se iría expresando a lo largo de su vida. Ignacio se situaba así en la gran mística cristiana de raíces bíblicas, fundamentada en el credo trinitario y en la tradición cristiana, donde se invita la persona entera a su transformación en el Espíritu (cf. Rm 12,1-2; Ga 4,19) y que podemos sintetizar brevemente en el «buscar y encontrar a Dios en todas las cosas». Su experiencia, al mismo tiempo, forzaba y sufría los límites conceptuales que le ofrecía la teología y la filosofía de la época al intentar vivir la inmensidad liberadora de la fe.

¿Podría parecerse a aquello de lo que hablaban los monjes hesicastas y que definían como «vivir en la oración continua»? Ciertamente, pero Ignacio subrayará un matiz propio: buscar y encontrar a Dios *en todas* las cosas, en todas las situaciones, en todo momento, también en el estudio que emprende en Barcelona. En la espiritualidad de Ignacio resuena el «lo mismo si coméis, que si bebéis, que si hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1Co 10,31), y el convencimiento de que «en Dios vivi-

mos, nos movemos y existimos» (Ac 17,28). En un momento de la historia en que la comprensión de la persona como cuerpo y alma —hecha paradigma dominante por la enseñanza y la predicación escolástica— iba adelgazando la dimensión espiritual del alma y se reforzaba la dualidad entre las cosas materiales y las «espirituales», Ignacio será muy enérgico insistiendo en la realidad integral de la persona: «Dios asumió nuestra historicidad y corporeidad en Cristo Jesús, pero no para detenerse en el estado en se encuentran, sino para transformarlas desde dentro». ⁷² Por eso, hablar ahora de vida espiritual es, en algún sentido, un pleonasma: para Ignacio no hay una vida espiritual al margen de la vida cotidiana, toda la vida es espiritual o, dicho de otro modo, todo puede ser vivido en Dios, «que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

Más tarde, en Roma, le veremos como hombre de gobierno, de acción, como *hombre espiritual*. En Barcelona, sin embargo, ya lo vemos sumido en largos ratos de oración, viviéndolo todo como oración, también empezando a proponer ejercicios espirituales a diversas personas y poniendo esfuerzos en la reforma de congregaciones religiosas. Como concluye Josep Maria Rambla, «Cuando Íñigo deja Cataluña, no sabe aún con claridad dónde le llevará el Espíritu y el camino que tiene ante sí es largo. El árbol aún crecerá mucho, desplegará un amplio ramaje y dará fruto abundante. Pero en este momento ya tiene buenas raíces». ⁷³

La vida de Ignacio de Loyola nos interpela aún hoy. En el año 2022, aprovechando el 500 aniversario de su conversión, pudimos reflexionar ampliamente sobre el sentido de la herida y su cambio radical de vida.⁷⁴ Ahora disfrutamos de la oportunidad de seguir los pasos de san Ignacio, buscador incansable, estudiante en la ciudad de Barcelona.

Las páginas que habéis podido leer nos permiten ser testigos de una vida plenamente abierta a la acción del Espíritu, también en un período de la vida del santo aparentemente más discreto y callado, como el de estudiar durante dos años la gramática latina con el maestro Ardèvol. Como muy bien explicamos en estas páginas, toda vida es vida espiritual, toda actividad y toda acción puede estar orientada hacia Dios y, por tanto, convertirse en oración. Simone Weil, más coetánea nuestra, nos recuerda que los estudios, cuando se toman en serio, son una de las mejores maneras de cultivar la atención y que la atención plena es ya oración. Por tanto, a nosotros hoy, a pesar de vivir tan distraídos, atrapados en la inmediatez y «apantallados», también se nos invita a vivirlo todo como ocasión de encuentro con Dios y en Dios.

Pero todavía podemos decir algo más: los años de estudio que Ignacio

inicia en Barcelona (y que le llevarán más allá) están claramente marcados por el deseo de ayudar a los otros. El peregrino no tiene ninguna vocación estrictamente académica, ni propiamente intelectual, sino que estudia en tanto que esto debe permitirle ayudar mejor a las ánimas. Tampoco Ignacio concibe los estudios primariamente como un medio para asegurar su santidad individual o la salvación personal. Para el peregrino, el tiempo de estudio tiene un «para qué» muy claro y definido. Quiere compartir apasionadamente con todo el mundo el regalo que se le concedió en la iluminación en el Cardener (Manresa), cuando vio todas las cosas nuevas en Cristo y ya no fue nunca más el mismo hombre. Es esto: Ignacio es un auténtico apóstol y, por tanto, no nos resulta extraño que la espiritualidad ignaciana, que ha inspirado a tantos hombres y mujeres a lo largo de los siglos, tenga esa tenacidad apostólica, ese empuje misionero. Impresiona el entusiasmo con que Ignacio, a pesar de estar estudiando, se vuelca en ayudar a los otros, en conversaciones y con obras de caridad, desde la proximidad a los más descartados de aquella época. Estudiar para ayudar a los otros para a la vez ayudar a los otros mientras estudia.

Ignacio resumaba autenticidad por que llevaba un estilo de vida creíble. Su testimonio marcó a muchas personas que le conocieron. Ciertamente que el peregrino ya había dejado atrás los excesos del tiempo en Manresa y que empezó a darse cuenta de que necesitaba algunas mediaciones humanas. Con todo, en Barcelona vivió muy frugalmente. Aceptaba ayuda, pero no acumuló riquezas, ya que estaba plenamente decidido a seguir a Jesús pobre y humilde. Vivía de limosna con los que más lo necesitaban.

También vale la pena no olvidar que Ignacio, durante los largos años de su peregrinación, fue un laico comprometido. Los votos religiosos con los primeros compañeros y la ordenación como presbítero vinieron muchos años después. Hoy, en este tiempo nuestro de profunda llamada a la transformación eclesial, marcado por el camino sinodal, el testimonio del peregrino en Barcelona es un buen ejemplo para todos nosotros de una vida laical plenamente comprometida.

Comprender mejor el contexto y las diversas influencias que Ignacio recibió durante su estancia en Barcelona permite que nos demos cuenta de algo que quizás pueda ser obvio, pero que es bueno recordar: que todos y cada uno de nosotros formamos parte de una tradición, que somos hijos e hijas de nuestro tiempo; que tenemos un contexto que hace posible nuestra experiencia espiritual y nos da las palabras y la capacidad para formularla. Ignacio no sería el que fue sin tener en cuenta los círculos lulianos de Barcelona, sin haber conocido la *Devotio Moderna* y, sobre todo, sin las personas con quienes compartió el camino de la vida y que tanto apoyo le dieron.

Qué gozo encontrar en las páginas precedentes tantos nombres propios: Agnès Pasqual, Isabel Roser, Teresa Rajadell, Jaume Caçador... «Ignacio nunca solo», titulaba con acierto un compañero jesuita un libro sobre la vida del santo peregrino. ¡Y cuántas mujeres! Es justo y necesario que tomen el protagonismo: durante demasiado tiempo han sido silenciadas, ignoradas o no lo suficientemente reconocidas.

Habiendo comprendido mejor el profundo valor de la amistad durante su estancia en Barcelona, podemos preguntarnos cómo cultivamos la familiaridad y la cordialidad. ¿Cómo cuidamos el arte de la amistad?⁷⁵ O, también, contemplando a Ignacio después de recibir una paliza que le deja convaleciente durante casi dos meses, nos podemos interrogar por cómo nos dejamos cuidar. Resulta bastante evidente que, sin reconocer la propia fragilidad, sin la asunción serena de nuestra interdependencia constitutiva, sin la confianza en la reciprocidad y en la fraternidad, la vida no sería posible.

Las amistades... quizás no son necesarias para ir trampeando, pero son fundamentales para vivir plenamente. ¿Y qué mejor manera de cuidarlas que cultivar la conversación espiritual, como hizo Ignacio muchas veces allá donde fue?⁷⁶

Espiritualidad, estudios y amistades: una mirada calidoscópica al santo peregrino y todo un programa de vida. Una vez más, aquellos que nos contamos entre sus compañeros de camino agradecemos su maestría porque todavía hoy ilumina e impulsa nuestro vivir.

Pau Vidal i Sas, SJ

1. Las páginas de Laura Rius son el resumen de un trabajo extenso y riguroso, con una rica documentación, «Los estudios de Ignacio en Barcelona» que espera publicación.
2. Constan toda una serie de personas y de familias que formaban parte de este círculo luliano: Bernat Sapila, Frederic de Gualbes, Elionor Ferrer, Isabel Recasens, Estefania Recasens, Guiomar d'Hostalric, Hipòlita Rois de Montcada, Aldonza de Cardona, Isabel de Josa.
3. Cabe destacar los estudios de J. de Guibert, J. M. March, J. Sabater, J. M. Benítez Riera, citados en el estudio de la nota 1.
4. J. RUBIÓ, *Humanisme i Renaixement*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1990, p. 109.
5. Cf. J. RUBIÓ, *Notas sobre los libros de lectura espirituales en Barcelona entre 1500 y 1530*, en AHSI, 1956, p. 324.
6. «Maestro racional» era un cargo dentro de la organización política y fiscal de la Corona de Aragón, encargado de la tesorería de diversos reinos.
7. Cf. P. RIBADENEIRA, «*Vita Ignatii Loyolae*», *Textus latinus et hispanus*, Liber I, Caput XIII, FN IV, pp. 173-175.
8. Cf. P. CEBOLLADA, «Loyola y Erasmo. Aportaciones al estudio de la relación entre ambos», *Manresa* 62 (1990), pp. 49-60.
9. Cf. FN I, 585. L. GONÇALVES DA CÂMARA. *Recuerdos ignacianos. Memorial de Luis Gonçalves de Câmara*. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1992, p. 93.
10. J. DE POLANCO, *De Vita P. Ignatii*, Caput V, n.º 37, FN II, 543.
11. *Epp* I, p. 96; *Obras de San Ignacio de Loyola*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2013, p. 660.
12. J. DE POLANCO, *Summarium Hispanum*, n.º 5-6, FN I, pp. 155-156.
13. 1a. A Agnès Pasqual, el 6 de diciembre de 1524. 2a. A Agnès Pasqual, el 3 de marzo de 1528. 4a. A Isabel Roser, el 10 de noviembre de 1532. 5a. A Agnès Pasqual, el 13 de junio de 1533. 6a. A Jaume Caçador, el 12 de febrero de 1536. 7a. A Teresa Rajadell, el 18 de junio de 1536. 8a. A Teresa Rajadell, el 11 de septiembre de 1536. 12a. A Joan de Verdolay, el 24 de julio de 1537.
14. M. A. SÁEZ GARCÍA, *Poder y autoridad femenina en el siglo XVI. Isabel de Josa (1490-1564)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2022, pp. 47-50.
15. *Epp* I, pp. 71-72; *Obras*, pp. 651-652.
16. *Epp* I, pp. 74-76.
17. *Epp* I, p. 85; *Obras*, p. 656.
18. *Epp* I, pp. 137-144.
19. *Ibid.*
20. *Epp* I, pp. 424-425.
21. *Epp* Mixt IV, p. 150.
22. *Epp* I, pp. 99-107; *Obras*, pp. 662-666.
23. Seguramente el P. Araoz, uno de los primeros jesuitas que residió en Barcelona.
24. *Epp* Mixt II, pp. 30-32.
25. *Epp* II, pp. 374-375; *Obras*, pp. 761-762.
26. *Epp* I, pp. 93-99; *Obras*, pp. 658-661.
27. *Epp* Mixt I, pp. 321-323.
28. *Epp* I, pp. 118-119, *Obras*, pp. 669-672.
29. *Ibid.*
30. *Scripta* II, p. 334.
31. *Epp* I, pp. 90-91.
32. «Una señora llamada Zapila [...], mujer de muy rica [...] viendo a Ignacio que le pedía limosna, dijo a nuestro beato Padre mil pesares en la cara [...] nuestro bendito Padre con gran mansedumbre y modestia responde: que era verdad, que era el más mal hombre del mundo; y con esta respuesta tan mansa y humilde [...] se compungió [...] le mandó dar en limosna gran cantidad de pan y otras cosas para su viaje, y desde aquel punto quedó tan devota del santo Padre». *Scripta* II, pp. 680-681.
33. M. A. SÁEZ GARCÍA, *op. cit.*, p. 53.
34. *Scripta* II, p. 638.
35. *Scripta* II, p. 92.
36. H. RAHNER, *Cartas de Ignacio de Loyola con mujeres de su tiempo*, José García de Castro, SJ (edit.), Mensajero-Sal Terrae-Comillas, Bilbao-Santander-Madrid, 2023, p. 642.
37. Dirá Araoz, al cabo de unos años: «de quando en quando le respandescia el rostro», mientras el cura predicaba el sermón en Sants Just i Pastor. *Quaedam de S. Ignatio quae non sunt impresa* FN III, pp. 205-206.

38. *Vita Christi y Vidas de santos*, el *Ejercitatorio de la vida espiritual* de Cisneros, la *Imitación de Cristo*, etc.
39. Ignacio se puso a estudiar en Barcelona cuando tenía treinta y tres años. En el siglo XVI, la esperanza de vida estaba entre los 25 y 35 años.
40. Sobre su conocimiento del mundo eclesiástico y la posibilidad de haber recibido la tonsura clerical, véase: C. DE DALMASES. *El Padre Maestro Ignacio. Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid, 1986, pp. 11-12; 29.
41. Tenemos hoy –conservado en la iglesia del Palacio de los Requesens– lo que se cree es un pequeño colchón que utilizó, y la mesita de madera.
42. *Scripta* II, p. 89.
43. *Scripta* II, p. 638.
44. P. RIBADENEIRA, *op. cit.* Liber I Caput XIII, n.º 10-11, *FN* IV, p. 169.
45. Cf *Scripta* II, p. 815.
46. R. GARCÍA-VILLOSLADA. *San Ignacio de Loyola. Nueva Biografía*. BAC, Madrid, 1986, p. 263.
47. *Epp* I, p. 509; *Obras, op. cit.*, p. 732.
48. MHSI, *Regulae societatis Iesu* (1540-1556), p. 22.
49. *Epp* IV, p.127; *Obras, op. cit.*, p. 824.
50. MHSI *Co* II, p. 182, 2; cf. *Co*, pp. 361, 340
51. P. RIBADENEIRA, 1567. A MHSI, p. 26. Para encontrar a Dios en el estudio, Ignacio propone la vía de la voluntad afectiva y la vía del conocimiento (cf. J. C. ROUGÉS. *El Estudio hecho oración en la enseñanza de san Ignacio*. Santa Fe-Argentina, 1960, Librería editorial Castellví, Santa Fe, Argentina, 1960, p. 98 y ss.).
52. R. GARCÍA-VILLOSLADA, *op. cit.*, p. 269.
53. «*Quaedam de S. Ignatio quae non sunt impressa*», *FN* III, p. 205.
54. «Pasaba la mayor parte de la noche en oración, [...] llorando y suspirando y diciendo: -Dios mío, y quan infinitamente sois bueno, pues lo sois para sufrir a quien es tan malo y perverso como io» *FN* III, pp. 192-193.
55. Ignacio confiesa hablando sobre la vanagloria que «dos años había estado trabajando en este vicio, de tal forma que cuando estaba embarcando hacia Jerusalén en Barcelona no se atrevía a decir a nadie que iba a Jerusalén». L. GONÇALVES DA CÂMARA, *Memorial* 98, *FN* I, p. 585; B. HERNÁNDEZ MONTES, *Recuerdos ignacianos, op. cit.*, p. 111.
56. *Scripta* II, pp. 638-639.
57. Estefanía Rocabertí dice: «Entrà en la casa de dita sa besàvia (Eleonor Çapila) la qual se mirà molt de fit lo dit Pare Ignasi [...], li aparegué que era persona ben nada, conforme la bona cara que tenia y les carns de les mans regalades», *Scripta* II, 680.
58. J. W. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1993, pp. 135-137.
59. *Scripta* II, p. 90.
60. J. DE POLANCO, *Summarium Hispanicum Polanci* n 35, *FN* I, p. 170. A. ALBURQUERQUE, SJ. *Diego Lainez s.j. Primer biógrafo de S. Ignacio*. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2005, p. 159.
61. J. DE POLANCO, *Summarium Hispanicum Polanci* n 24, *FN* I, pp. 163-164. A. ALBURQUERQUE, SJ., *op. cit.*, p. 148.
62. P. RIBADENEIRA, *op. cit.*, Liber I Caput XIII n 79, *FN* IV, Cap. XIII, p. 79.
63. *Scripta* II, p. 91.
64. C. DE DALMASES. *El Padre Maestro Ignacio op. cit.*, pp. 75-78.
65. Cf. *FN* III, p. 194.
66. *Scripta* II, p. 399.
67. R. GARCÍA-VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola, op. cit.*, p. 260.
68. Cf. I. IPARRAGUIRRE, *Práctica de los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola en vida de su autor (1522-1556)*. Mensajero-IHSI, Bilbao-Roma, 1946, pp. 1-3.
69. J. GARCÍA DE CASTRO, «Los primeros de París, amistad, carisma y pauta», *Manresa* 78 (2006), pp. 253-275.
70. I. IPARRAGUIRRE, *Práctica de los ejercicios, op. cit.*, p. 2.
71. *Epp* I, p. 91, n. 3.
72. X. MELLONI, *La mistagogia de los ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2001, p. 88.
73. J. M. RAMBLA, *El Pelegrí. Autobiografía de sant Ignasi de Loiola*, Claret, Barcelona, 1991, p. 33.
74. Cf. L. RIUS (COORD.). *De la herida al corazón del mundo*, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 2022, EIDES, n.º 99.
75. J. M. RAMBLA. *El arte de la amistad en San Ignacio de Loyola*, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 2008, EIDES, n.º 51.
76. J. M. LOZANO. *La conversacion espiritual*. Cristianisme i Justícia, Barcelona, 2024, Colección Virtual, n.º 24.

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús. Una de las áreas de trabajo del centro es la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES). Fruto del trabajo de esta área nace la colección de cuadernos EIDES dedicada específicamente a dar a conocer una reflexión actualizada sobre la espiritualidad ignaciana.

Cuadernos EIDES

Últimos títulos

- 98. *Aplicación de sentidos*. R. Abós-Herrándiz
- 99. *De la herida al corazón del mundo*. L. Rius (coord.)
- 100. *Jóvenes y espiritualidad*. G. Andrés (coord.)
- 101. *La espiritualidad ignaciana, hoy*. M. López, J. Melloni
- 102. *El don de educar*. I. Giménez Beüt
- 103. *Comprensión del camino espiritual ignaciano*. A. Ruiz López de Soria
- 104. *Barcelona en la vida de Ignacio de Loyola (1524-1526)*. G. Andrés,
L. Rius, L. Ylla

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos EIDES. Si desea recibirlos, pidalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismeijusticia.net/es/eides

